

Callejón del Gato Tennessee y Williams

José Ramón Enríquez

Como alcohólico de prosapia, Tennessee Williams estuvo siempre frente a un espejo cóncavo. Empezó clavado en la butaca de un cine de barriada, si lo aceptamos reflejo deforme de Tom Wingfield en *El zoológico de cristal*. Desde la sima que se encuentra en tales espejos (los convexos ofrecen otro efecto) se entendió enmascarado tras de su propio nombre, Thomas Lainer Williams III. Y, aunque podría haberse rebautizado de otra forma, decidió llamarse Tennessee.

Fue en la escuela donde le endilgaron el apodo de Tennessee no sólo por su acento sino porque su progenitor tuvo la ocurrencia de nacer en ese estado. ¿Por qué Thomas Lainer Williams III se marcó con el hierro de un apodo que debió de dolerle tanto al deambular por algún muy personal Callejón del Gato perdido entre el Mississippi y Broadway St.? ¿Por qué como Tennessee firmó una obra deslumbrante? Tal vez por el autoescarnio del cual dejó múltiples manifestaciones a lo largo de su vida. Tal vez sólo para llevar la contraria a los sueños maternos de aristocracia que muestran tantos de sus personajes femeninos.

Seguramente, porque en el fondo del espejo cóncavo su identificación con su pobre hermana Rose hizo de Tom una especie de Electra y de Cornelius, su padre, una especie de Stanley Kowalski, tan bello cuanto odioso, tan repulsivo cuanto excitante, tan apetecible como Marlon Brando.

El caso es que Thomas Lainer Williams cargó con la imagen de un padre enemigo no sólo en la memoria sino incluso en el nombre. Un padre, Cornelius Williams, macho sureño, agente viajero, homófobo de raza, inculto y avergonzado de un hijo enfermizo y escritor precoz al que quiso cortar de tajo toda “desviación”, impedirle



Tennessee Williams

seguir estudiando y meterlo a trabajar en una fábrica de zapatos. Por ello el hijo rechazado afirmaría, triunfal, que dejó el “shoe business para entrar al show business”.

Si el más pequeño de los Williams se declaraba “hermano profesional” de Tennessee, él lo era auténticamente de la dulce Rose, la mayor, siempre perdida en las nieblas de su cerebro, y que le daría otro personaje de *El zoológico de cristal* una de sus primeras obras, quizá la más bella entre todas, donde el vuelo poético de la imagen se estrella contra la realidad familiar y la asfixia de su clase. Ahí está, en un barrio obrero y con sueldo de empleado de zapatería, la trinidad más íntima de Williams: la ridícula aristocracia de su madre, su propia necesidad de evadir la realidad y la cristalina debilidad de la pobre hermana tan necesitada de un macho que supiera jugar con los animalitos de esa frágil colección de cristales que era su conciencia. Juegos que ignoran los machos.

A Rose le practicaron una desastrosa lobotomía y la enviaron de por vida al manicomio. Tal como la madre deseaba hacer con la viuda de su hijo homosexual en *De repente en el verano*.

Y por los espejos deformados de nuestra memoria pasan Katharine Hepburn y

Montgomery Clift y Elizabeth Taylor o Paul Newman, Burl Ives y otra vez Elizabeth Taylor en *La gata sobre el tejado caliente*, o Brando y Vivien Leigh en *Un tranvía llamado deseo*, en el cual esa fuerza de la naturaleza que es Blanche DuBois debe confiarse a la bondad de los extraños que habrán de conducirla al Monte Calvario del manicomio. Calvario que evitó Williams porque se lo fue bebiendo día con día, sin misericordia consigo mismo, hasta morir en Nueva York, en 1983.

Su obra partió siempre de sí mismo, de los personajes que lo habitaron y lo fueron consumiendo, porque nunca pudo perdonarse la imagen que veía. ¿No pudo perdonarse que Tom, al mirarse el rostro en un espejo cóncavo, se descubriera Tennessee o que Tennessee se descubriera Tom, o en múltiples miradas otros rostros?

Homosexual, Williams estaba inserto en la nación que le tocó vivir, una nación que tampoco puede perdonarse multitud de linchamientos, por racismo, homofobia, xenofobia, cuestiones religiosas. Pero eso ocurre con la condición humana toda: nos odiamos porque llevamos dentro un zoológico de cristal y un Cornelius Williams que corta de tajo desviaciones.

Y ese es su secreto y su prodigio: la obra de Williams resulta electrizante y perfectamente vigente porque en sus montajes teatrales, en las muchas películas que se hicieron sobre ella, en los libros que la contienen, como sea, sabe tocar la médula de la condición humana y lastimar a quien se acerque, al tiempo en que lo besa con ternura. Tiene la eficacia de un choque eléctrico unida a la dulzura de un niño triste que se ríe sin misericordia de sí mismo. **U**